

ránea española y francesa y de literatura dramática de todas las épocas y países.

Más difícil que la redacción de Catálogos y qué satisfacer el insaciable preguntar de los eruditos, es en esta Biblioteca el enseñarla. En verano, todo viajero distinguido se cree en la obligación de darse una vuelta por acá. Con don Enrique guíe yo a los primeros y con él aprendí, a llevar rápidamente por las salas al visitante, a explicar *grosso modo* el contenido de las diferentes secciones, a esquivar comentarios impertinentes, a dejar estupefacto al bibliófilo rutinario con el «Plotino», y asombradísimas a las señoras con el «Padrenuestro en 150 lenguas».

M. ARTIGAS.

CAVILACIONES

EN LA BIBLIOTECA

Porque aquí donde ustedes me ven—si es que hay quien me mira,—con la poca y mal hecha lectura que mis escritos revelan, si alguno viniera a visitarme a la hora de hacerlos, se pasmaba de fijo al contemplar el medio ambiente que en tales momentos me rodea.

Aquí tengo, colocados detrás de mí, delante, a derecha e izquierda, arriba y abajo, cuantos tesoros de saber e ingenio guarda el mundo intelectual... ¿Quién diría que es de este taller, destinado a producir obras inmortales, de donde salen mis quebradizas lucubraciones?

Pero os aseguro que hartó cara me cuesta a veces mi profanación.

¿Puede concebirse mayor castigo, suplicio más horrendo, para un criminal, que la perpetua compañía de su víctima?

Pues ved ahí mi suplicio y mi castigo; porque vivir con su víctima es, para el reo de ignorancia, vivir con los buenos libros que no leyó.

Para colmo de desdichas, yo sé uno por uno y *a por b*, como suele decirse, cuántos y cuáles son los libros con cuya lectura y constante estudio yo podría subir, en más o menos tiempo, de indocto a sabio, de *Casa-Ajena* a *Casa-Salomón*.

Y mi tormento es semejante al de quien, desfallecido de hambre y necesidad, se viera obligado a redactar todos los días el *menú* de una soberbia comida con que otros habían de regodearse.

¡Saber que entre griegos y romanos han sido los mejores poetas, oradores y filósofos, y ver reducida la propia erudición a saber que Homero era ciego y que Demóstenes chupaba piedrecillas en vez de caramelos que chupan los oradores de hoy! ¡Saber que leído y escudriñado un tal Aristóteles se aclara tanto este camino por donde se va a los buenos versos, y verse reducido a la única guía del furor poético o a la imitación de las famélicas coplas que inserta un diario ilustrado!

¿Que por qué no como teniendo delante tan colmada y bien provista mesa? Pues, más o menos cerca, la mesa todos la tenemos delante. ¿Por qué no comen ustedes?

¡Por lo mismo que yo! Los aires que corren son de vagancia, y los hombres en su navegación por la vida tienen que ir siempre del lado de que sopla el viento.

Quiere decirse que hay naves tan marineras y bien construídas, que nada temen de ir contra viento y marea. Pero y ¿cuántas hay de esas?

Ha corrido la voz de que hay que vivir al día, de que hay que andar de prisa, que sino nos coge el carro; y todos queremos formar en la vanguardia, aunque no tengamos armas, porque pararse a cogérlas es, al fin, pararse.

Convengamos. sin embargo, en que dentro de nuestro error no podemos ser más consecuentes. Una vez que el periódico ha sustituido al libro, hacemos bien en no estudiar. El periódico se lee en cinco minutos; lo que en cinco minutos ha de ser leído no debe pedir más de veinte para ser escrito, y para escribir durante veinte minutos no hace falta haber estudiado antes mucho.

Además, que el hecho material de vivir, que parecía antes que no reclamaba tiempo ninguno, por ser él mismo tiempo, nos ocupa hoy casi todas las horas del día.

Porque hoy el café, el casino, la tertulia de mentirosos no son un esparcimiento que a voluntad puede uno proporcionarse o no: hoy son vida, necesidad verdadera, aire y pan, sin el auxilio de los cuales no puede pasarse un solo día.

¿Cuándo hemos de estudiar? El poco tiempo que las diversiones nos dejan, necesitámosle para descansar de ellas.

Porque hay esto: las diversiones de antes eran descanso, las de hoy son trabajo.

¿Cuándo se divertirían los que escribieron estos tomos?

Ah! Estos se divertían entonces, cuando los escribían, porque esos hombres tenían la pasión de la gloria, movimiento del ánimo que hoy hemos sustituido con otros deseos parecidos, pero bastardos y de mala ley, como el del éxito momentáneo del título de escritor fácil, que tanto se concede a los que escriben sin pensar.

No buscaban ellos entretener los nerviosos ocios—valga la frase—de un lector displicente y olvidadizo, como hacemos hoy: buscaban servir de eterna enseñanza y deleite a las generaciones, ser piedra miliar que perpetuara, sintetizadas, las glorias y costumbres de los pueblos que fueron.

No pedían al lector un cuarto de hora, y ese de muy dudosa atención; que le pedían largos días de estudio profundo y de no admitir más ideas en su mente que las que vinieran a enlazarse con las del libro.

Luchaban, en fin, por la gloria de mañana, esto es, por la gloria verdadera, no por este aplauso momentáneo que hoy codiciamos y que más parece movimiento hecho para calentar las manos o mudarlas de posición, según lo poco que dura y suena.

No se contentaban con menos que con envolver su nombre en las luces de un sol que nunca se pusiera. Hoy nos sobra con que la gente lo lea durante un instante al efímero resplandor de un cohete *a luces cambiadas*.

¡Qué bien lo pensábais, ilustres varones! Yo conozco ahora, al encármame osadamente con vosotros, que la gloria no es solo un nombre ni un concepto, ni es siquiera el juicio aprobatorio que la posteridad da a vuestras obras; sino que es algo más que todo eso.

Nada sé apenas de vosotros; nada sé de lo que guardan esos volúmenes cerrados en que dicen que quedaron a vivir vuestra alma y vuestro pensamiento; y, sin embargo, a través de sus hojas y de sus tapas yo siento cómo se escapa algo, un efluviio de vida, que debe ser la gloria, que llega hasta mí y me hace temblar y avergonzarme.

Os aseguro, lectores, que eso que les digo a los sabios estos, me sucede de veras y que más de una vez me he visto obligado a sostener con ellos una lucha tan titánica como la que don Juan Tenorio libra con las estatuas de sus muertos.

Pero me fortalece y consuela al cabo la idea del respeto que los tengo.

Aún está más abajo que yo quien desprecia los libros.

Yo al menos, mientras llega el que los lee y los entiende, se los

limpio y arreglo, los clasifico y catalogo, y se los defiendo, no sólo de manos osadas, sino hasta de visitas impertinentes... Tengo yo para mí que no han de poder ellos ver en calma que un majadero se les atreva ni aún con la vista y les ande deletreando los lomos y haciendo ocasión de mofa su humilde arreo o su vetusto semblante.

Y con esto abrigo yo mi esperancilla de que, agradecidos al cabo a tanto cuidado y solicitud, me paguen un día la limosna de un poco de su ciencia sin necesidad de abrirlos.

CASA-AJENA.

(*El Atlántico*, 7 de noviembre de 1887.)

EN LA BIBLIOTECA

En una de las reuniones que se celebraban en ciertas *catacumbas* —¡adónde fué aquel culto!— y de las que se da menuda noticia en un libro del maestro Pereda, decía el amo de ellas:

—Antes no se podía murmurar aquí de ningún pariente de los tertulianos. Veo con gusto que va desapareciendo esa ridícula costumbre...

Ha pasado, en efecto, la costumbre y nadie respeta esos escrupulos.

Lejos quedan también aquellos *ominosos* tiempos en que un comedido señor, primo de uno de los mayores poetas que tiene España, se le presentaba a otro sujeto, y a las frases de admiración y entusiasmo de éste, respondía candorosamente:

—Sí; parece que saca alguna disposición.

No sé si con estos dos cuentos que echo por delante justifico bastante el *descaro* de este artículo; mas confieso que por ahora no se me ocurren más razones, como no se tenga por tal la de que siempre es admisible y oportuno hablar de lo que hacen nuestros hombres gloriosos, y la de que en esta noticia lo de menos es el noticiero, en el cual nadie debe reparar sino para agradecerse la. Hasta me parece aplicable al caso el consejo del Kempis: «No mires quién lo ha dicho, más atiende qué tal es lo que se dijo.»

De firme se ha trabajado este verano a sombra de estos muros entre los cuales escribo, aunque *aticuenta* que en esto todos los veranos son iguales aquí dentro. De firme se ha luchado con libros y cuartillas por aquel capitán famoso a quien siempre acompañó la victoria, honra de la patria, blasón de la Montaña y prez de la casa.

Aún quedan esparcidos por uno y otro lado despojos de las últimas batallas, los cuales voy recogiendo y apartando para dejar

limpia la tela para el próximo combate, que será, Dios mediante, por Navidad.

Todos valemos para algo en el mundo, y yo dejo esta mesa que da gusto verla. Pongo en orden lo útil, cuartillas y pliegos en blanco, y destruyo lo que ya ha servido, *primeras* ya corregidas y devueltas para confrontar por Rivadeneyra, por Fortanet, por Tello, por todo el mundo de imprimir...

Unas que acabo de romper eran del estudio sobre los «Orígenes de de la Novela», que irá al frente de uno de los tomos con que se va a continuar la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra.

Edita esta continuación Bailly Bailliere y es un positivo servicio prestado al saber patrio. En ella figuran otro tomo de comedias de Tirso que prepara Cotarelo, uno de obras de *Figaro*, enriquecido con muchas más que la edición de París, las cuales ha encontrado la diligencia de otro crítico montañés, el señor Lomba y Pedraja; y otras varias colecciones de que yo debía acordarme con lo que les he oído hablar de ello, pero de que, en fin, no me acuerdo.

A la vez que en esta importantísima pieza de historia literaria trabajaba su autor en otro monumento del mismo género, en el *Tratado de los romances viejos*, cuyo segundo tomo (duodécimo en la *Antología de poetas líricos castellanos*) aparecerá en breve.

Además de esto hemos preparado—yo sé empaquetar muy bien originales y pruebas y enviarlas al correo—el tomo XIV de las Obras de Lope, magna y panzuda edición de la Academia Española, libro para ricos... que sepan leer.

Con todo ello andaban mezcladas por esta mesa sendas cuartillas de una Biblioteca hispano-latina, que se va publicando en la *Revista de Archivos*.

Y en este banquete del más insaciable de los trabajadores, servían de entremeses: un prólogo a las Poesías de Valmar, próximas a ver la luz, un trabajo para el «Homenaje» a Codera que disponen varios arabistas, el discurso de contestación al del erudito Asensio, académico electo de la Española, y otras *menudencias*.

Cuidaba además la reimpresión de un rarísimo tomo de Entremeses que él tiene, la tirada de los versos de mi inolvidable don Amós, la de un nuevo tomo de Quevedo en la preciosa edición que varios bibliófilos hacen en Sevilla, la de una Bibliografía cervantina, de Barcelona...

Dicen que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Pues el dueño de esta biblioteca es una excepción de esa regla, al menos para su ayuda de cámara... literaria. Todavía no me he podi-

do acostumbrar, yo que sé un poco de Fisiología, a no mirarle con asombro. Sigo sin comprender cómo un hombre que anda *liado* con toda esa balumba de cosas, pueda atender todavía a las de los otros, y le sea descanso venir a donde está Lomba, u otro estudioso de los que frecuentan estas salas, y los oriente en su labor respectiva, cuyo curso lleva en la cabeza como si fuera de un trabajo suyo, o responde a cuantas preguntas se le hagan sobre los más diversos asuntos; bien que para él no hay *diversidad* de asuntos, sino que todo es uno, porque tiene la ciencia cogida por el mango, donde todas las cosas se unen como las varias plumas en un plumero.

Y ¡qué arriba vive! Nada le inquieta, nada le enerva; se envuelve en su trabajo como en una tela impermeable e incombustible. Pero su saber y su amor de la belleza son eminentemente expansivos. Su goce no está en el aplauso que recibe, sino en el servicio que presta. Quiere, sobre todos, a los que trabajan. ¡Qué contento el suyo ante los triunfos de estos que, como él, siguen en sus investigaciones este riguroso método histórico que ahora estilan, y que hace, por ejemplo, «de los austeros trabajos del señor Menéndez Pidal cosa tan distinta de aquellos otros, fáciles y amenos, que en nuestras mocedades» (en las del maestro) «se decoraban con el nombre de crítica».

¡Cómo alienta a los que adivina que saben trabajar! A veces parece que los deslumbra a fuerza de encenderles luces para que vean. Este verano vino por aquí un curuca aragonés, muy simpático y agudo, conocido ya por notables trabajos de historia de la Filosofía, el cual deseaba emprender el estudio metódico de una de las más importantes ramas del saber humano, o, más bien, de su desarrollo durante cierto período. El maestro le señaló tales y cuáles jalones para dar los primeros pasos; pero cada mañana le decía:—Debe usted ver también las obras de Fulano, que allí hay algo, y las de Zutano, y un folleto de un don Perengano, disparatado, pero muy curioso...—Aquella enumeración y aquel ponerle libros delante no tenían fin, y se acabó el verano, o al menos, el verano del cura, sin que éste hubiera andado sino como una quinta parte del camino que pensó recorrer entero. El insigne arabista Asín, honor de la Universidad Central, también cura y también aragonés, trabajaba por aquellos días a su lado y le decía:

—Pues ¿qué te habías creído, *maño*? ¿Que aquí no había más que venir a preguntar?

ENRIQUE MENÉNDEZ.

(En *El Diario Montañés*, 24 de octubre de 1903).